

Caro Claire Burke

Yesteryear

Traducido del inglés por
Mar García Puig

AdN

Parte I

El pasado

Este es el último día de la vida que imaginé para mí.

Me desperté dos minutos antes de que sonara el despertador, como de costumbre. 5:58 y *pum*: ojos bien abiertos, lista para saludar el día. Nunca me ha costado levantarme por las mañanas. Tampoco he usado el botón de posponer ni una sola vez. La sobriedad ayuda. No bebo. La disciplina también. Nací con mucha disciplina, prácticamente reboso de ella. Por eso, creo, nunca he tenido demasiados problemas en la vida. Ni la maternidad, ni el matrimonio, ni hacer crecer un negocio, ni servirle a Él. Todo esto me parecía una serie de tareas que hay que realizar cada día, en el momento adecuado, en el orden correcto. Sé que no es tan fácil para otras personas, pero para mí sí lo es.

Por eso les caía tan bien a todos esos desconocidos.

Eso y el dinero. El dinero claramente también ayudó.

Era invierno. Enero. Un frente frío acababa de soplar a través del paso. Junto a la ventana de mi habitación, el calefactor soltaba aire caliente. El cielo estaba negro como la muerte, y así seguiría durante horas. Nuestra granja estaba enclavada entre dos cadenas montañosas de Idaho, lo que significaba que en los meses de invierno no veíamos el sol hasta las nueve o así. Estábamos a ocho kilómetros de un largo y sinuoso camino rural de grava. Ni siquiera sobrevolaban aviones.

En la oscuridad escuchaba los mugidos lejanos de Sassafras, nuestra querida vaca lechera. Por el tono y el registro de sus gemidos, sabía que mi marido, Caleb, la estaba ordeñando. Justo a tiempo. Era un buen tipo.

Mi marido no era disciplinado antes de conocerme. Era el menor de cinco hermanos, el pequeño de la camada de una típica dinastía americana. Su padre era el último senador de una larga estirpe de senadores de Estados Unidos, y ahora trataba a toda velocidad de triunfar en una candidatura presidencial (¡a la tercera va la vencida!).

Su madre era una ama de casa que había pasado la mayor parte de su vida ahogándose en Chardonnay. Juntos, gracias a una combinación casi fatal de negligencia paterna y simpatía materna, habían criado a Caleb para que fuera tierno, mimado y dulce. Pero lo único más valioso que una persona dotada generosamente por Dios es una persona dispuesta a aprender, y mi marido, *ese hombre*, estaba dispuesto a aprender.

¿Y quién era yo?

Una mujer cristiana impecable. La *manic pixie girl* del sueño americano, que colmaba las fantasías más profundas y oscuras de esta nación. La madre que toda mujer quería ser y la esposa que todo hombre quería tener esperándolo en casa. Como una monja en una película porno, no tenía ningún sentido, pero ¡por Dios!, funcionaba.

Me llamo Natalie Heller Mills y era perfecta en el arte de vivir. En los silencios entre los gemidos de placer casi humanos de Sassafras (a veces bromeaba en internet y decía que mi marido tenía una amante bovina, ¡ja, ja!), oía el lejano parloteo del gallinero, ese cocococoococ meditativo que servía de máquina de ruido blanco de nuestra granja. Me encantaban nuestras gallinas. Eran tan domésticas como los perros, tan inofensivas como los niños pequeños. A veces iba al gallinero solo para sentarme con ellas. Me gustaba acariciar sus cuellos se-

dosos, dejar que picotearan suavemente el pienso de las palmas de mis manos.

Pronto las mataríamos. En la oscuridad, se me hizo la boca agua. Últimamente anhelaba el caldo de hueso fresco. Cuando ya has probado el cocinado en casa, el de la tienda sabe rancio.

A través de la rendija abierta de la puerta de mi habitación, se oyó una carcajada infantil. Los niños estaban desayunando en el salón. Cerré los ojos y sentí el ritmo de la casa como un latido. Nana Louise —*una bendición para la familia*— estaba en la cocina preparando tortitas. La productora Shannon —*mi mano derecha*—, de pie junto al fregadero, ponía a punto el equipo de vídeo para un largo día de trabajo. Stetson y Samuel —*mis adorados hombrecitos*— estaban sentados a la mesa, empujándose torpemente y agarrándose el uno al otro en igual medida. Clementine —*mi hija mayor, la niña que me hizo madre*— estaba en la cabecera de la mesa, ignorando a sus hermanos, leyendo un libro.

Nana Aimee —*nuestra segunda al mando*— se movía por los rincones más alejados de la casa, despertando a cada uno de los niños, besando los párpados somnolientos, dirigiendo a mis dos hijas pequeñas suavemente hacia el día. Llevaría a una a la cocina, se la entregaría a Nana Louise y volvería a por la otra.

Cerré los ojos y susurré mi agradecimiento diario al Señor por todo lo que me había dado.

«Gracias, Padre, por Caleb. Gracias por la propiedad. Gracias por esta progenie. Gracias por Clementine, Samuel, Stetson, Jessa, June y el angelito al que aún no hemos puesto nombre».

Mi mano se movió instintivamente hacia el estómago, posándose a la altura de la curva. Tenía treinta y dos años y estaba embarazada de seis meses de nuestro sexto hijo. Estaba siendo el embarazo más fácil hasta la fecha, aunque todos mis embarazos habían sido relativamente tranquilos. Nací para

ser madre. Nunca me sentí más conectada con Él que cuando tenía la tarea de gestar una de sus creaciones.

(¿Entiendes a lo que me refiero? Perfecto).

Bajo mi palma, mi niña rodó lentamente hacia un lado. Mi pequeña criatura marina. La quería tanto.

«Gracias por cuidar de los animales de la granja, Señor, y gracias por ayudarnos a superar los cinco millones en Instagram esta semana. Estamos a solo unas pocas almas de un millón en YouTube, Señor. Es por Tu voluntad, y solo por Tu voluntad, por lo que he llegado a tantos corazones y mentes. Es en Tu nombre que trabajo para difundir Tu verdad».

Una oleada de náuseas me sobrevoló y sufrí bajo su sombra. A veces me ponía enferma lo perfecta que era mi vida y lo bien que la vivía.

En la mesilla de noche, mi teléfono se despertó con una vibración. Me acerqué y lo silencié, luego me quité las sábanas de encima y me levanté.

No siempre habíamos tenido tanta ayuda. Los primeros años solo estábamos nosotros, los niños y la granja. Cuando me quedé embarazada de mi cuarto hijo, contratamos a Nana Louise. Al saber que venía un quinto, contraté a Nana Aimee y, poco después, a la productora Shannon. Lo que teníamos ahora, en términos de ayuda, era más que suficiente por el momento. Me permitía estar presente tanto con mis hijos como con mis seguidores, tal como quería, en diferentes momentos del día. Es lo que tiene ser madre, esposa e influenciar al mismo tiempo: es como dar el pecho a tres bebés a la vez. Como seducir a tres amantes a la vez.

—¿Por qué nunca muestra toda la ayuda que tiene entre bastidores?

—Queremos a nuestros empleados como si fueran de la familia, así que hacemos todo lo posible por proteger su inti-

midad, tal y como nos han pedido. No me lo perdonaría si mis cuentas en redes sociales acabaran comprometiéndolos de alguna manera.

Cuando entré en la cocina, la productora Shannon estaba en el rincón, jugueteando con un trípode, y mis cuatro hijos mayores desayunaban en la mesa, cada uno con un grueso jersey de lana. Nana Louise ayudaba a Jessa, nuestra hija de tres años y medio, a servirse zumo de naranja en el vaso.

—Puedo hacerlo yo sola —se quejaba Jessa.

Nana Louise, que también era la profesora de mis hijos, ya que estaban escolarizados en casa, asintió y dijo:

—Claro que puedes. Mira. Lo estás haciendo ahora mismo. Tú solita. Niña grande.

Jessa sonrió. La expresión verbal de su autonomía fue suficiente para hacerle olvidar que las manos de Nana Louise no dejaban de sujetar el vaso.

—Niña grande —repitió.

Nana Louise inclinó el vaso y la pequeña bebió con avidez. Observé con aprobación cómo la pulpa goteaba por su barbilla. El zumo de naranja era casero. El tutorial estaría *online* esa misma semana.

—¡Buenos días! —dije a la sala.

Cinco cabezas se giraron hacia mí. Me respondieron en coro.

—Buenos días, mami.

Me abrí paso alrededor de la mesa, besando cada mejilla perfecta, acariciando cada cabeza perfecta. Todos mis hijos, incluso los varones, llevaban el pelo largo. Las niñas se parecían a mí: pecosas, caras finas, pelo marrón oscuro como la tierra, expresiones propensas a una seriedad penetrante. Si nos pillabas a alguna en un momento de puchero, no te culparíamos por pensar en un mártir del siglo XVI en huelga

de hambre. En cuanto a los chicos, se parecían a Caleb: mejillas sonrosadas, grandes sonrisas dentadas. Cuando caminaban todos en grupo (y a menudo lo hacían; los chicos adoraban a Caleb), me hacían pensar en un trío de políticos en procesión, recorriendo el país en busca de bebés a los que besar.

Rara vez prestaba atención a las diferencias entre mis hijos e hijas. Tanto ellos como ellas hablaban y reían de forma parecida. Su ropa era un arcoíris de colores neutros. El mismo montón de verdes oliva, tostados y ocre había ido descendiendo por nuestro creciente árbol genealógico durante más de una década.

«Es increíble lo que puede durar un buen algodón».

Me acerqué a mis dos hijos, Stetson y Samuel. Stetson tenía ocho años, uno menos que Samuel, pero desde el verano pasado los dos tenían la misma altura y el mismo peso. Con el pelo hasta los hombros y la forma en que parecían hacerlo todo al unísono —correr, jugar, hacer las tareas domésticas, llevarse la comida a la boca—, me recordaban a un par de ponis de doma.

Apoyé una mano en cada cabeza mientras comían los cereales con afán infantil y sentí cómo sus cráneos se movían bajo mis palmas como palancas de *bulldozer* poseídas.

—¿Qué haremos hoy, chicos?

—Necezitamos conztruir un nuevo recinto para Zazafraz —dijo Stetson, con la boca llena.

—Mmm —contesté—. Muy importante. A papá le encantará que lo ayudéis.

—Papá dijo que podía usar la pistola de clavos.

Samuel empujó a Stetson, con lo que tiró la cuchara llena de cereales de su mano y la hizo caer al suelo.

—Me toca *a mí* usar la pistola de clavos.

—*Los dos* usaréis la pistola de clavos —dije—. ¿Nana Louise?

Ella asintió, limpió el jugo pulposo de las mejillas y la barbilla de Jessa, y luego se levantó para recoger el desorden.

La gente se negaba a creer que mis bebés fueran tan responsables como parecían *online*. ¡¡¡¡Es imposible que esta sea su vida real!!!!, escribían las Mujeres Enfadadas. (Así es como Caleb y yo las llamábamos, las Mujeres Enfadadas). A lo que yo respondía: nada, por supuesto. La principal tarea de una madre es proteger a sus hijos del mundo. No había ninguna necesidad de que alguna bruja odiosa de Manhattan viera cómo Samuel se ponía agresivo con su hermano (e incluso con sus hermanas, a veces), ninguna necesidad de que presenciara la rabieta diaria de Stetson por la aritmética (yo quería a ese chico, pero no había sido dotado con una dosis estándar de cerebro). Si las Mujeres Enfadadas se enteraran de alguno de los defectos de mis hijos, se volverían locas de sed de sangre. También se quedarían devastadas. Ellas no se daban cuenta, por supuesto, pero me necesitaban tanto como yo a ellas. Era una relación simbiótica. Yo era un tiburón, y ellas eran cinco millones de pececillos que mordisqueaban los nutrientes a lo largo de mi vientre.

Pobres idiotas. Estaban desesperadas por comerme. No tenían ni idea de que era yo quien las mantenía con vida.

—*¿Qué se siente al saber que millones de personas de todo el mundo conocen detalles íntimos de sus hijos?*

—*Solo muestro momentos muy seleccionados de la vida de mis hijos. Y, además, ninguno de ellos tiene acceso a pantallas. Por cierto, ¿has visto los estudios? De los efectos de las pantallas en el cerebro de los niños. En mi opinión, mis hijos están mucho mejor en esta casa, donde de vez en cuando aparecen en vídeos para mi cuenta, que en otro lugar, en el que estarían toda la noche mirando un iPad. De verdad. —Se oye un cacareo incomprensible—. Es una epidemia. Muy triste. Deberían investigarlo.*

—Te has levantado temprano —le comenté a la productora Shannon mientras me servía el café.

—No podía dormir —dijo.

Fruncía el ceño ante la pantalla de la cámara, girándola hacia un lado y luego hacia el otro, con una expresión malhumorada en el rostro. Cuando Shannon llegó por primera vez a la granja, tenía diecinueve años, había abandonado los estudios en la Universidad de Barnard, tenía el pelo rosa, un aro en la nariz y estaba dispuesta a hacer trabajos muy profesionales a precio de estudiante. Ahora tenía veintiuno. Seguía llevando el aro en la nariz, pero había abandonado el pelo rosa en favor de su castaño natural. No estaba segura de si eso indicaba un cambio de identidad personal o más bien una aceptación práctica de la realidad de vivir a una hora de distancia de la ciudad más próxima. No había muchas opciones en cuanto a peluqueras cualificadas cerca de una granja de doscientas hectáreas.

Hice una pausa y le dije con delicadeza:

—¿Has tenido esos sueños otra vez?

Me miró.

—¿Quién te ha hablado de eso?

En esos sueños, Shannon estaba de pie en la ladera cercana, viendo cómo la granja ardía hasta los cimientos. La casa, el gallinero, los jardines: todo en llamas. Bolas de fuego del tamaño de un coche caían del cielo violeta. Cuando el fuego se extendía por los campos, ella corría —o intentaba correr— mientras el granero se derrumbaba y los animales gritaban entre los escombros. A veces nos veía a lo lejos, saludándola con la mano. Le decíamos algo. Y otras veces, cuando el sueño duraba más, veía rayos de luz que descendían del cielo, nos iluminaban a mis hijos, a Caleb y a mí, y nos salvaban a todos menos a ella.

—Nana Louise está preocupada por ti —le dije, lo cual era más diplomático, pensé, que «Nana Louise está harta de que la despiertes a gritos en mitad de la noche».

Todos los empleados de la granja vivían en las habitaciones situadas encima de los establos, junto al aula de educación de los niños.

—Estoy bien —contestó Shannon—. No es nada.

Se inclinó a mi lado para enchufar un cargador de batería. Por un momento nos quedamos en silencio, una al lado de la otra en el pequeño rincón de la casa donde pasamos casi todas nuestras horas de vigilia juntas.

—*Quizá tenga la cocina más querida de Estados Unidos. ¿Puede hablarnos un poco de ella?*

—*Dios mío, ¿por dónde empiezo?*

A través del ojo perspicaz de la cámara, el espacio para cocinar se veía perfectamente desordenado: un vaso de agua medio lleno por aquí, un derrame de harina por allá, unos cuantos tallos de flores olvidados esparcidos por una tabla de cortar de aspecto desgastado. Parecía el típico lugar donde trabajaba una madre; como una cocina del mundo real, solo que obviamente mejor que cualquier cosa que el mundo real pudiera ofrecer. La gente cree que quiere minimalismo, que quiere una casa sin cosas, cuando en realidad una casa perfectamente ordenada da ganas de suicidarse. Un espacio siempre debe parecer habitado para que alguien quiera vivir en él. Es algo obvio, si te paras un momento a pensar, pero la mayoría de la gente no se para un momento a pensar en nada. La mayoría de la gente es idiota.

Otra ventaja de esta zona de la cocina era que estaba justo al lado de una larga hilera de ventanas, por lo que la luz, una vez que salía el sol, era suave y perfecta a cualquier hora del

día. El mero hecho de estar cerca de ese rincón me hacía parecer y sentir seis años más joven. Cirugía plástica divina, lo llamaba en privado, aunque ni se me ocurriría decir algo así en internet. Las Mujeres Enfadadas me comerían viva.

—*¿Se ha operado alguna vez?*

Risas, risas, risas.

—*Dios, no. Lo siento, no quiero ofender a otras que sí lo han hecho, pero ¿yo? ¿Personalmente? Nunca lo haría.*

Shannon tenía la mirada perdida en las ventanas, que en esas mañanas de invierno parecían ofrecer un portal a un mundo envuelto en negro. Sabía que estaba pensando en sus sueños. Estaba claro que no tenía ni la más remota idea de lo que significaban. ¿Cómo podía ser tan tonta? Claramente, Dios estaba tratando de llegar a ella de la manera más directa posible, le enviaba señales de humo y palomas mensajeras y le escribía mensajes en el cielo, y ella lo ignoraba todo. Probablemente programaría una llamada con algún intérprete de sueños estafador antes de siquiera considerar que su cerebro podría estar ofreciéndole una visión no metafórica. Era una pena verla pasar totalmente por alto la revelación, pero no del todo sorprendente. El cerebro de Shannon, parcialmente educado en Barnard, era un instrumento romo, secular y simple; era una herramienta tan adecuada para hablar directamente con Dios como un par de espátulas de goma para una operación a corazón abierto.

¿Y por qué el Señor quería llegar a Shannon con tanta urgencia?

Bueno, Shannon se había portado mal.

Shannon me miró y nuestros ojos se cruzaron. Mis mejillas se sonrojaron por haber sido sorprendida mirándola fijamente con una expresión tan abiertamente sentenciosa.

—Por cierto —me dijo—, mi nuevo teléfono ha llegado hoy. Gracias, de nuevo, por permitirme la opción de envío urgente.

—Faltaría más.

Al parecer, hacía una semana uno de los niños había tirado el teléfono de Shannon a un charco. Y, como yo era tan buena jefa, le había puesto remedio de inmediato, así que le entregué la tarjeta de crédito de la compañía para que pidiera uno nuevo, mientras dejaba ir una pequeña broma desenfadada: «No querría que te quedaras aquí sin acceso al mundo real».

—¿No ibas a ponerte hoy el delantal morado?

—¡Ah! —dije, y me reí—. ¡Uy! Cerebro de embarazada.

Odiaba esa expresión, «cerebro de embarazada», pero era una forma excelente de parecer cercana. El delantal que llevaba era azul marino oscuro. Usaríamos estos vídeos para anunciar una nueva variedad de color para los delantales de nuestra tienda *online* (35,99 dólares, cien por cien algodón, botones de plástico reciclado, hecho en España).

—Ahora voy a buscarlo.

Cuando salí de la cocina, Nana Aimee entró con mi hija pequeña, June. Jessa se levantó de la mesa, con el vaso ya vacío, y me siguió caprichosamente como una brizna de diente de león. Cogió a June de la mano al pasar y pronto las dos niñas se pusieron a llamar a las niñas mientras ellas me seguían escaleras arriba.

—Está bien —grité por encima del hombro—. Pueden venir conmigo.

Era un regalo muy especial de nuestro Creador haber sido bendecidos con tres niñas seguidas. Todos los niños eran regalos de Dios, por supuesto, pero *¿un grupito de niñas?*, un conjunto de joyas de dos y tres? Eso era algo totalmente distinto. Una niña era encantadora, un niño era bonito, pero las

niñas, en plural, eran la fantasía y la ternura personificadas. Radiantes bolas de deleite. Criaturas tan orientadas a la comunidad. Con la incorporación de cada nueva damita a su tribu de damitas, todas parecían crecer un poco más, brillar un poco más. Se llevaban las unas a las otras como muñecas. Se trenzaban el pelo. Se cogían y acicalaban y tocaban con obsesión maternal.

Me gustaba decir que los chicos nos alimentarían cuando fuéramos viejos y débiles, pero ¿las chicas? Bailarían alrededor de nuestras sillas de ruedas, arrojarían pétalos de rosa sobre nuestras tumbas. Además, lo admito: eran más fáciles de entrenar. Los chicos a veces se resistían, se frustraban o se aburrían, pero las chicas no. Podían actuar durante horas sin quejarse, igual que su madre.

—Mamá.

Hice una mueca de desagrado instintiva, luego cambié mi expresión por una más suave.

—¿Sí, cariño?

Estaba de pie frente al espejo de mi habitación, poniéndome el delantal nuevo, y mi hija mayor, Clementine, me miraba desde la puerta. Había cumplido doce años en verano y a los pocos días dejó de llamarme «mami». Entornaba los ojos cada vez que la oía decir «mamá»: odiaba esa palabra. Era un sonido tan feo y masculino, mucho menos musical que mi alternativa preferida. Pero no me resistía. Clementine era una preadolescente, lo que significaba que me estaba poniendo a prueba. Lo peor que podía hacer era oponerme.

Vi a través del espejo cómo Clementine cruzaba la habitación y se sentaba junto a las niñas en mi cama.

—¿Qué significa «*tradwife*»?

Rasca y gana.

—¿Quién te ha dicho esa palabra?

—¿Qué? ¿Es malo?

—*Tradwife* —dijo Jessa, y soltó una risita. Echó la cabeza hacia atrás y volvió a decirlo—. ¡*Traaaaaadwife!*

Casi parecía posible que Clementine oyera los ruidos mecánicos de mi cerebro mientras este giraba a velocidad de vértigo, valorando quinientas respuestas posibles a su pregunta. Mi hija mayor era como yo, no solo por su aspecto, sino también por su carácter: guardaba su inteligencia como un cuchillo a la espalda. Ahora que se acercaba sigilosamente a la edad adulta, nuestras similitudes me parecían un poco desconcertantes. Era como ver a un clon de mí misma caminando lentamente hacia mí desde un punto lejano: ¿Qué pasaría cuando llegara?

Soy consciente de que este no es el tipo de cosas que se supone que debes sentir por tu propia hija. Pero la maternidad es como esto de ser una estrella en las redes sociales. Es decir: todas las mujeres que conozco me mintieron sobre cómo sería antes de que yo misma me convirtiera en una.

—*Si sus hijos se convirtieran en influencers algún día, ¿estarías orgullosa de ellos?*

—*Solo quiero que mis hijos sean felices.*

Gran sonrisa hasta las encías.

Opté por una ambivalencia casual. Lo peor que puedes hacer es que un niño sepa que algo te preocupa.

—Sé que *trad* es la abreviatura de tradicional. Algunas personas llaman a las mujeres como yo *tradwife*, o sea, esposa tradicional. Por razones obvias.

Por algunas personas me refería a las Mujeres Enfadadas. Eran ellas las que me llamaban *tradwife*, las que decían *trad* como si fuera la abreviatura de algo malvado, como si *tradicional* no fuera algo bueno en el universo de cualquier persona cuerda. Pero estas mujeres no estaban cuerdas, ni eran fe-

lices, ni creían demasiado en la responsabilidad individual. En lugar de preguntarse por qué pasaban tanto tiempo de su preciada existencia en la Tierra husmeando en las vidas de otras personas cuando podrían estar cocinando sus propias comidas caseras, o incluso ofreciendo contacto visual a sus hijos —en lugar de preguntarse por qué pasaban tanto tiempo bañándose en sus celos rancios cuando podrían estar construyendo algo de lo que sentirse orgullosas—, aparentemente estaban mucho más interesadas en beberse una botella de vino cada noche y escribir sin parar sobre mí en un chat. Supongo que estoy asumiendo que estas mujeres eran unas borrachas, pero, a juzgar por el número de errores tipográficos que había en cada uno de sus mensajes, yo lo llamaría una suposición basada en pruebas. Las *tradwives* estaban *arrunando* el país por permanecer casadas *consus* maridos, al parecer. Las esposas tradicionales *estban desturyendo* América porque les gustaba pasar tiempo con sus *hijos*.

A lo que yo contestaba, en una de las seis cuentas anónimas temporales que usaba *online*: Oh, Dios mío, ¡que el cielo no lo permita!

Antes de que estas mujeres me llamaran *tradwife*, me habían llamado *fanática religiosa*, *líder de una secta* o *co-neja*. Comparado con esos nombres, *tradwife* parecía amable.

—Personalmente, no creo que celebrar las tradiciones sea malo —dije—. ¿Y tú?

Las dos pequeñas negaron con la cabeza. «No. mami. Te queremos, mami». Pero Clementine se quedó mirándome.

—¿Así que reconoces que eres una *tradwife*?

Me sentí, de repente, como si me estuvieran tomando declaración en un juicio.

—Cle-men-tine, ¿por qué no me dices quién te dijo que yo era una *tradwife*?

—Nadie —respondió. Y en un momento, parecía ya aburrida con el tema—. Solo te estaba haciendo una pregunta. ¡Por Dios!

Mientras se ponía de pie, volví a enfrentarme a mi reflejo y me coloqué bien el lazo del delantal. Ya no sonreía.

—Dile a Nana Louise que mire la previsión del tiempo —le pedí a Clementine—. Puede que hoy llueva. Los niños deberían llevar botas.

Pero no respondió y, cuando me volví, ya se había ido.

Las niñeras. Tenían que ser las niñeras. Dejaban constantemente sus teléfonos en las encimeras y en el sofá, no importaba cuántas veces les dijera que no lo hicieran. Proteger a tu hija del mundo era una tarea abrumadora. Jessa y June eran todavía tan pequeñas, tan impresionables, pero ¿Clementine? Prácticamente una mujer ya. No se podía confiar en ella.

—¿A sus hijos les gusta que los filmen?

—¡Oh! Les encanta.

El plan para este Día de Creación de Contenido era hacer un panecillo con mi famosa masa madre y representar un belén en él con hierbas que había recogido personalmente de nuestro jardín. Este era, con perdón por el juego de palabras, mi pan de cada día. Además, la temporada navideña siempre suponía un gran auge para nuestra tienda *online* (tabla de cortar de cerezo Rancho Los Viejos Tiempos, 120 \$, fabricada en Brasil; mezcla de sal francesa Rancho Los Viejos Tiempos, 45 \$, fabricada en Francia; pintura patentada para interiores Rancho Los Viejos Tiempos en tonos Granja, Pionero y Vaquera, todo fabricado en Estados Unidos, 80 \$ bote de cuatro litros). El bollo no era tanto la atracción principal como la droga de entrada: El Niño Jesús de lavanda en un pesebre de

romero, los Reyes Magos de tomillo, tra-la-la y los seguidores hacían clic-clic-clic, hasta que sus corazones —y sus carritos de la compra *online*— estaban llenos. Suplicarían, siempre suplicaban, por más.

El panecillo con hierbas me llevó cuatro horas. Una cantidad de tiempo estándar, que Shannon recortaría y condensaría en un lapso de treinta segundos, con mis dedos girando vertiginosamente alrededor de la pantalla, amasando, acariciando y dando forma a un bulto de masa pálida. La segunda mitad del día la dedicamos a la Cena Natural. Iba a preparar un asado tradicional de domingo («¿o debería decir un asado trad de domingo?». Pensaba escribirlo en la descripción con un guiño; eso sí que llenaría de rabia a las Mujeres Enfadadas). Todos los ingredientes procederían de nuestra propia granja, excepto la ternera, que técnicamente procedía del supermercado al otro lado del paso de montaña.

A primera hora de la tarde nos dimos cuenta de que nos habíamos quedado sin huevos frescos, así que decidimos ir al gallinero. El cielo y las montañas se portaron de maravilla con nosotros. Fui alegremente hacia el gallinero, con Jessa y Junebug aferradas a mi falda mientras caminábamos por el barro y saludábamos a las señoritas, que es como yo llamaba a las gallinas siempre que me grababan. «Las señoritas».

—Hola, señoritas —declamé—. ¿Cómo estáis hoy?

Detrás de mí, Shannon tropezó con el cable de la cámara y soltó un taco.

—Lo siento —dijo—. ¿Puedes repetir esa parte?

Claro que sí. Podía hacer cualquier cosa que se me ordenara, un millón de veces, en un millón de variaciones de ese saludo jovial.

—¡Hola, señoritas! ¿Cómo estáis hoy?

—Perfecto. Pasemos a la toma de la recogida de huevos.

—¡Oh! —dijo alguien desde atrás—. ¿Es esa Marilyn Monroe en un gallinero?

¡Podría ser! Puse los ojos en blanco y me reí. Me alisé la falda y recé para que Shannon siguiera filmando cómo Caleb entraba en el gallinero, me cogía por la cintura y me inclinaba como si bailáramos. Me besó mientras nuestras hijas aplaudían. Luego me levantó de nuevo y sonrió cuando le di una palmada juguetona en el hombro.

—¡Me has ensuciado las botas!

—No te vas a morir por un poco de suciedad.

Movió ligeramente su sombrero de vaquero en forma de saludo y me guiñó un ojo.

Me reí y volví a poner los ojos en blanco.

—Estamos *filmando*, Caleb.

Como si no lo supiera.

—En realidad no —dijo Shannon—. Hice una pausa justo antes de que Caleb hablara. Así que todo bien. Si queréis hacer un descanso rápido, puedo ir a tomar un café.

—Oh —dije, cabizbaja—. Vale. Bueno, en realidad no tenemos que...

Pero Shannon ya se estaba alejando con la cámara, caminando rápidamente hacia la casa.

Caleb me dio dos palmaditas suaves en el trasero. Mientras veíamos a Shannon abrir la puerta principal con una fuerza innecesaria, dijo:

—¿Sigue enfadada?

Me invadió una oleada de emoción.

—Sí, Caleb. Sigue disgustada.

—Bueno. Pronto se sentirá mejor. Cuando...

Lo miré y se quedó callado.

—No entiendes nada a las mujeres.

Estaba a punto de replicar, y yo estaba a punto de cortarle con una afirmación aún más afilada, pero entonces ambos nos

dimos cuenta, exactamente al mismo tiempo, de que nos estaban observando.

Jessa, Junebug. Criaturitas, dulces, mirádonos. Observando, siempre. ¿Dónde diablos estaba Nana Aimee?

No importaba. Era una buena práctica, de todos modos. Eso era lo que me decía a mí misma cuando me encontraba vigilada por una niña que debería haber estado vigilada por otra persona: «¡Es una buena práctica!». Una actuación impecable, después de todo, no llega de la noche a la mañana. Lleva años —y más y más años— de práctica.

Me puse de puntillas y besé a Caleb dos veces seguidas.

—Vuelve al trabajo, vaquero.

Las niñas rieron y aplaudieron, y yo me sonrojé ante ese premio. Caleb se quitó el sombrero frente a nosotras tres y se encaminó hacia el granero, donde probablemente pasaría una o dos horas organizando las balas de heno. Caleb era muy bueno manteniéndose ocupado. También se le daba muy bien hacer solo las tareas de la granja con las que realmente disfrutaba: ordeñar a Sassafra, conducir el gran tractor John Deere en círculos bien pequeños, pasar la noche en vela con una cerda de parto. En cuanto a las tareas que no le gustaban —limpiar, plantar, recolectar, quitar el estiércol de los establos—, se las dejaba a los jornaleros.

—*Espera un momento. ¿Tenéis jornaleros también?*

Pausa.

—*¿No los mencioné antes?*

Mierda. Considera mencionar el cerebro de embarazada.

—*Tenemos dos o tres, normalmente. Solo trabajo estacional. Dependiendo de lo que pasa en la granja. ¡Necesitamos tanta ayuda como podamos conseguir!*

—*Pero ¿por qué no...?*

—*¡Cerebro de embarazada!*

Íbamos tarde para el rodaje de la Cena Natural. En toda la casa los ánimos se agriaron. Shannon y yo empezamos a discutir sobre cómo tomar un plano en picado, y luego, gracias a esa discusión, desperdiciamos diez preciosos minutos de luz, lo que nos obligó a tener que hacerlo todo con prisas, lo que provocó más discusiones. Después, la lección de los niños mayores terminó quince minutos antes de lo habitual porque Nana Louise aparentemente no tenía ganas de proporcionar una educación integral ese día, y de repente la cocina se llenó de quejas constantes, los niños discutían con Clementine sobre a qué jugar antes de cenar, y las niñeras —que, según nos habían asegurado en la agencia, eran lo mejor de lo mejor, pero que a veces me hacían sentir como si estuviera pagando a tiempo completo por un trabajo a tiempo parcial— estaban sentadas en el sofá mirando el móvil mientras se libraba una guerra mundial por la ficha del perro Scottie del Monopoly. (El único juego de mesa permitido en casa, por petición explícita de mi suegro. Era importante, según Doug, que los niños aprendieran cuanto antes el valor del libre mercado).

Las niñeras. ¡Oh, las niñeras! Ese momento del día les daba por virar hacia la inutilidad. No esperaba menos de Nana Aimee. Era la típica tontita de Los Ángeles, con una cara perfectamente simétrica, capaz de mantener a los niños con vida y poco más. Pero de Nana Louise, que era cinco años mayor que Nana Aimee y tenía un máster en Educación, esperaba algo más. Era como de la familia.

—¿Acabas de decir que tus niñeras son como de la familia?
Silencio.

—Estoy segura de que sabes que hay una larga y controvertida historia de mujeres blancas llamando «familia» a la gente que trabajaba para ellas.

Pausa más larga. Leve sonrisa cómplice.

No. Eso no está bien.

Leve sonrisa ingenua.

Mejor.

—¡Siguiente pregunta, por favor!

—Chicas, ¿puedo hablar con vosotras un momento?

Las niñas levantaron la vista del móvil.

—Clementine ha usado el teléfono de alguien sin supervisión —dije—. Hoy me ha preguntado qué es una *tradwife*.

—Bueno —dijo Nana Aimee, e hizo una pausa.

Dirigí mi sonrisa hacia ella.

—¿Qué?

—Quiero decir...

Otra pausa. Parecía un Teleñeco con la mandíbula pegada. Resistí el impulso de dar un paso adelante y abrirle la boca yo misma.

—Tendremos más cuidado —dijo Nana Louise.

Lanzó una mirada penetrante a Aimee, el equivalente visual de una patada por debajo de la mesa, y Aimee asintió.

—Sí —dijo—. No volverá a ocurrir.

Respiré hondo y exhalé mi enfado.

—¿Podéis encargarnos de preparar la cena esta noche? Estaba pensando en hacer una pequeña excursión a Target.

Vi por el rabillo del ojo que Clementine se incorporaba.

En el momento exacto.

Llevar a las niñas a Target, que estaba a unos treinta minutos de casa, era una especie de pequeño regalo decadente. En el Starbucks de dentro de la tienda, Clementine pidió un Frappuccino con nata montada extra. Me estremecí al pensar en tanta cafeína y azúcar a esas horas de la tarde. Les compré a Jessa y a Junebug un *cake pop* y un zumo de manzana, y pedí un capuchino descafeinado con leche de avena para mí. Inten-

taba limitar los viajes a Target a una vez al mes. Nana Aimee era quien solía hacer las compras de comida. Pero era agradable, incluso para mí, venir aquí de vez en cuando y flotar bajo la fluorescencia que adormece la mente. He de decir que me sorprendía que tanta gente viniera semanalmente. Pasar más de treinta minutos allí me hacía sentir como si tuviera una caries.

Mientras empujaba el carrito lentamente por el pasillo principal, las niñas trotaban delante y detrás de mí en bucles desordenados, saltando de una maravillosa distracción a otra. Los puestos de joyería. Los percheros con ropa. Los estantes de lociones corporales en envases de colores, mandarina y caqui y rosa chicle. «¿Veis lo bien que sientan las pequeñas cosas, chicas? ¿Veis lo emocionante que puede ser un subidón de azúcar si lo eliges conscientemente, después de tantos días de cuidado...?».

—¿Natalie?

Hice una pausa, miré a mi alrededor. Fingí estar confundida, cuando en realidad estaba pensando, Oh, Dios. Tú, no.

Vanessa y yo habíamos ido juntas al instituto. También hacía atletismo, pero solo llegó al primer equipo en nuestro último año, así que no habíamos pasado mucho tiempo juntas. Ahora vestía bata de enfermera, y estaba de pie junto a dos carros de la compra desbordados, con su hija preadolescente mirándola con la misma expresión de profunda decepción que Vanessa mostraba en todas las competiciones de atletismo. Eché un vistazo al carrito que tenía más cerca. Maquinillas de afeitar desechables, cajas de pañuelos desechables, media docena de lonchas de jamón químicamente hinchadas y envueltas en tres capas de plástico. Prácticamente podía oler el hedor del vertedero donde todas esas cosas, todos esos productos diseñados para ser basura, acabarían dentro de un mes. Entonces volví a mirar a Vanessa, que ahora me fruncía el ceño

con la misma expresión agria que su hija, y mi corazón se ablandó por la nostalgia. *Pobrecita*. No había ganado una carrera en su vida.

—¡Qué alegría verte! —le dije—. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Una década?

Respiró ruidosamente por la nariz y miró mi carrito vacío.

—No sabía que venías a Target.

—Claro que sí. Soy humana, ¿no? —Volví mi sonrisa hacia su hija—. ¿Y ella es...?

Vanessa miró a su propia hija con una expresión extraña, como si intentara ver cómo era a través de mis ojos.

—Esta es Zoe.

Zoe parecía tener unos años menos que Clementine. Si reconocía su propio nombre, no lo demostraba. Se quedó mirándome, con una mueca de infelicidad contenida.

—¿Y ellas, supongo, son las tuyas?

Seguí la mirada de Vanessa hasta que vi a Clementine agachada en el pasillo de delante, hojeando un libro de ilustraciones mientras las niñas pequeñas miraban ansiosas por encima de su hombro. Me recorrió un rubor de placer, más fuerte que cualquier subidón de azúcar artificial.

—Sí, son mis hijas. La mayor es Clementine, y las pequeñas son Jessa y Junebug.

Cuando me volví hacia Vanessa, vi una sonrisa burlona en su cara. ¿Cuándo fue la última vez que vi sonreír así a una mujer adulta?

—¿Sabes? Realmente admiro tu compromiso con los viejos tiempos con esos nombres.

Mi sonrisa desapareció. *Allá vamos*.

Vanessa había crecido en una familia estricta y devota, mucho más estricta y devota que la mía, pero desde entonces se había emancipado de sus padres y ahora le gustaba escribir largas diatribas sobre su *terrible educación* en sus estados de

Facebook, que obtenían, de media, entre tres y cinco «me gusta». Vanessa quería que el mundo supiera que ahora era moderna. Que había cambiado. Comía productos ecológicos (¡excepto cuando compraba en Target, por lo visto!). Las mujeres autoproclamadas progresistas como Vanessa eran químicamente adictas a odiar a las mujeres como yo. Yo lo sabía. Sabía que esta mujer se agarraba una buena borrachera en las fiestas familiares y entraba en mi Instagram, y le decía a cualquiera lo suficientemente estúpido como para acercarse a ella que «conocía a esta mujer personalmente, que la conocía del instituto», antes de lanzar un discurso reciclado sobre cómo todas las personas que aman las tradiciones son idiotas, todas las personas religiosas son idiotas, todas las personas que eligen vivir un estilo de vida diferente al suyo son idiotas, cuando lo que realmente quería decir era: «estoy tan nauseabundantemente celosa de esta mujer que conocí que creo que podría morir de envidia».

¿Mujeres como Vanessa, con sus frentes de látex de lujo y sus pegatinas de Hillary Clinton? No sabían lo que querían. No tendrían principios propios aunque se los inyectaran directamente en la cara. Dios sabe que no podían asumir la responsabilidad que tenían en sus propias vidas, así que me echaban la culpa a mí de su infelicidad. La tonta, ignorante y retrógrada *tradwife*. No importaba que me hubiera graduado entre los tres mejores de mi escuela secundaria. No importaba que sacara sobresalientes en Harvard, que estudiara Historia de la religión mundial mientras Vanessa iba de habitación en habitación de la casa donde vivían los jugadores del club de rugby de Michigan. (Sí, lo admito: yo también miraba su Instagram de vez en cuando). No importaba que yo viviera mi vida de acuerdo a todos los principios que a ellas les encantaba difundir en Instagram. «¡Come productos de proximidad! ¡Apoya a las pequeñas empresas! ¡Reduce residuos!».

Las Mujeres Enfadadas podían decir lo que quisieran, pero los hechos eran los hechos. Yo era una mujer de principios. Una mujer *definida* por principios. Ni por todo el dinero del mundo habría probado ni un bocado del jamón cancerígeno de aquel carrito abarrotado al estilo Tetris. Ni por toda la validación social de mundo le habría puesto a mi hija un nombre tan ridículamente de moda —que gritaba a los cuatro vientos *elígeme*— como Zoe.

Zorra.

Perdóname, Señor. Esos días mi ira estaba sacando lo mejor de mí. Era un problema que había que solucionar, y planeé —de verdad— solucionarlo. Si hubiera tenido un poco más de tiempo, juro que lo habría arreglado.

—Me alegro de verte —dije delicadamente—. ¡Deberías traer a los niños a la granja alguna vez! —Miré al ogro hurafío de la hija de Vanessa—. Seguro que te encantaría ver de dónde viene el jamón, ¿verdad?

Vanessa dejó escapar un pequeño gemido. Tan íntimo y vergonzoso como un pedo accidental en público. Su rostro adquirió un tono brillante de color rosa. Sabía que era el tipo de ofrecimiento que se le quedaría atrapado en las muelas. Se daría cuenta sin duda de que la invitación era poco sincera, pero consideraría la posibilidad de todos modos, porque Vanessa probablemente deseaba ver mi pintoresca granja en persona más que cualquier otra cosa en su vida. Las gallinas, «las señoritas». El gran granero rojo, que quedaba tan bien en las fotos, con cualquier tipo de luz. Los jardines, ¡oh, los jardines! La fantasía pseudoerótica de hornear juntas mi emblemática tarta de piel de limón, las dos riéndonos de alguna estupidez, nuestras hijas jugando pacíficamente juntas al fondo. Nada de eso ocurriría nunca y, sin embargo, la idea de ese día imposible se quedaría atorada ahí, criando bacterias en el fondo de su garganta, durante esa semana, ese mes o un año

entero. Un deseo profundamente humillante, tan fuerte y confuso y animal como los que la inspiraban a ver porno lésbico a bajo volumen mientras su marido dormía a su lado. (Definitivamente, era el tipo de mujer que veía porno lésbico a bajo volumen mientras su marido dormía a su lado).

«Dale, Vanessa —pensé, sonriendo beatíficamente—. A por ello. Que te dé hasta migraña de tanto pensar en mí». Una idea tan placentera que valía la pena la culpa que implicaba, como un caramelo de un céntimo. Pensaría en mi famosa granja durante un año, y luego mordería el anzuelo y compraría uno de mis juegos de cocottes de marca (doscientos cincuenta dólares; fabricado en Taiwán), y haría que se lo enviaran a casa de un amigo, uno cuyo nombre yo no reconociera, para que nunca me enterara de que me había dado dinero personalmente. Así me odiaba esta mujer. Así es como se odiaba a sí misma.

—Prométeme que vendréis un día —dije una última vez, con una amplia sonrisa—. Por favor.

—Gracias —dijo Vanessa brevemente—. Iremos.

Parecía que se había tragado un bote de antiinflamatorios. Le respondí con una sonrisa.

Dijimos algunas cosas más sin importancia, pero durante el tiempo suficiente para que Vanessa echara unas cuantas miradas más a mi cuerpo (dándose cuenta, sin duda, de que la falda que me colgaba de las caderas era la misma que había llevado en el colegio una década antes) y el tiempo suficiente para que yo ignorara su cuerpo por completo (¿es necesario decirlo?). Nos despedimos. Cuando doblé la esquina con mis niñas, Vanessa me mostró el dedo corazón a la espalda. No la *vi* hacerlo, pero lo sentí. Juro que lo hice. ¿Y quién podía culparla? Yo tenía la vida que ella siempre quiso, la vida que *aún* quería, pero ya no podía admitirlo. Vanessa estaba liberada, sí, pero yo era feliz. Y era una pena, ¿no? La forma en que algunas mujeres se obcecaban en construirse una vida que no disfrutaban.

Volví a cruzarme con Vanessa en la cola de la caja y la saludé con la mano, pero no me vio. Estaba discutiendo con su hija por algo que había en el carrito. Para entonces, ya había recuperado la compostura y volví a sentir lástima por ella.

—¿*Qué piensan sus amigos de su éxito en internet?*

—*Se alegran por mí. ¿Por qué no iban a alegrarse?*

Lástima. Sentí lástima por ella.

Pero también: «Que se joda. Lo siento. Señor, pero de verdad, que se joda...».

Cuando llegamos al coche, ya había oscurecido y yo estaba prácticamente escupiendo de furia. Vanessa, esa zorra, seguro que iría corriendo a casa para escribir sobre mí en uno de esos estúpidos foros de internet —¡Apuesto a que nunca habríais imaginado que alguien como Natalie comprara en Target!—. Y entonces tendría que aguantar una semana entera de ataques *online*. ¡Y Shannon! ¡Qué cara dura! ¡La absoluta e increíble cara dura de esa mimada, inculta, inmoral hija de la gran...!

«Respira, Natalie. Solo respira».

Clementine estaba en la parte de atrás, abrochando a las niñas en sus asientos. Yo estaba sentada en el asiento del conductor, con la mirada fija hacia delante y las manos apretadas contra el volante. Miré el teléfono en el salpicadero. Mi temperamento se calmó.

Sí. Eso estaría bien. Podría compartir el momento yo misma y quitarle todo el poder a Vanessa.

Cogí el teléfono y pulsé grabar, justo cuando Clementine se sentaba en el asiento del copiloto.

—Chicas —dije, sonriendo a la pantalla iluminada—, ¿qué habéis comprado hoy en nuestra visita *especial* a Target?

Jessa y Junebug chillaron.

—¡Un peluche!

—¡Body milk con purpurina!

—¿Y tú, Clementine?

Giré la cámara para que se me viera a mí, sonriente, y a Clementine en el asiento de al lado. Clementine se había comprado un esmalte de uñas. Pero no contestó. Estaba de espaldas a mí.

—Clementine, ¿qué te has...?

—Deja de filmarme.

Me quedé paralizada. La cara me empezó a arder. Nunca había hecho eso. Ni una sola vez.

Miré rápidamente por el retrovisor: Jessa jugaba con una pulsera en la muñeca de Junebug, que balbuceaba en voz baja a su nuevo peluche. Pulsé el botón para detener la grabación y coloqué el teléfono boca abajo sobre mi regazo. Me temblaban las manos. Puse el coche en marcha y fuimos hacia la salida del aparcamiento.

—No sabía que no te gustara que te grabaran, Clementine —dije, mientras nos adentrábamos en la tranquila carretera de montaña que nos llevaba a casa—. Siempre te he dicho que me lo dijeras si te sentías así. ¿Verdad?

Era mentira.

Clementine apoyó la frente en la ventanilla.

—Te lo estoy diciendo ahora.

—Me parece bien —dije.

Ninguna de las niñas me miraba ya y, sin embargo, por alguna razón, estaba sonriendo. «Basta —me dije tajantemente—. Deja de sonreír así». Pero no podía. No pude hacerlo.

—*Cuando se trata de dar su consentimiento, ¿crees que los niños son capaces de...?*

—*Oh, por favor.*

Pausa.

—*¿Puedo terminar la pregunta?*

Pausa más larga.

—Sí, por supuesto.

—Cuando se trata de dar su consentimiento y el uso de imágenes de niños en las redes sociales...

—Necesito hacer un breve descanso para ir al baño. ¿Va bien?

Esa misma noche, Caleb entró en nuestro dormitorio y dijo:

—Hoy he vuelto a hablar con mi padre.

—¿Y?

Estaba leyendo mis correos electrónicos, borrando en masa los mensajes de *spam*, mientras las niñeras preparaban a los niños para irse a la cama. En ese momento, un nuevo correo electrónico hizo ping en mi bandeja de entrada. Era de Shannon. El asunto decía: dimisión formal.

Hice una pausa. Me quedé mirando el asunto unos instantes. Luego hice clic.

Natalie,

Te escribo para hacerte saber que no voy a trabajar más para ti. Entre lo que pasó el verano y todas las pesadillas, está claro que este trabajo ya no es bueno para mi salud mental. Tengo un billete de autobús para esta noche. No necesito que me llevéis; Nana Aimee me llevará a la estación.

Para que quede constancia: No creo que seas una mala persona.

Creo que solo estás confundida.

Por favor, diles a los niños que los quiero.

Shannon

P.D. Siento haber estropeado tu calendario con la planificación de contenidos.

—¿Natalie? *Holaaaaa*, ¿hay alguien ahí?

—Lo siento —dije—. Necesito mirar algo rápidamente. Dame un segundo.

Leí el correo electrónico una segunda vez, luego una tercera. Entonces miré a Caleb.

—¿Qué decías?

—¿Va todo bien?

Me reí, quizá de forma demasiado exagerada.

—Solo estúpidos correos publicitarios. A ver, *por favor*, soy toda oídos: háblame de tu padre.

—Bueno —dijo. Hizo una pausa dramática. *Redoble de tambores*, por favor—. Cree que ahora es el momento.

Asentí con impaciencia —ya sabía lo que iba a decir— antes de recordar que se suponía que era la gran revelación. «Sigue con la actuación, Natalie. Di tus líneas».

—¿Ahora es el momento de qué, cariño?

Sabía perfectamente lo que vendría. De hecho, lo había visto venir *todo*: la presión política de mi suegro en favor de Caleb, la dimisión de Shannon... Podría decirse que yo misma lo había orquestado, pero, aun así, me sorprendió increíblemente que por fin estuviera ocurriendo. «Allá vamos. Las fichas de dominó están empezando a caer». Y, sin embargo: ¡cómo se atreve! Supongo que fue el tono del mensaje lo que me irritó, más que el mensaje en sí. Qué falsa madurez. Rebosante de condescendencia inmerecida. Exactamente el tipo de carta que uno esperaría de una veinteañera. Exactamente el tipo de carta que habría esperado de Shannon en particular, ese corderito perdido, esa estúpida zorra.

«Lo siento. Señor. Lo siento, lo siento, lo siento».

—Ahora es el momento de presentarme... —dijo Caleb—. A las elecciones.

—Dios mío. Guau.

El padre de Caleb no era solo un senador. Era un icono político de raza. Llevaba cuatro décadas en el cargo, presentándose sin oposición cada seis años. Era un veterano de gue-

rra, un tradicionalista de los valores familiares, el tipo de hombre que la gente describía con total sinceridad como «un John Wayne de la vida real». Y no se equivocaban. Doug Mills era un hombre capaz de asumir responsabilidades y seguro de sí mismo. El patriarca definitivo. Casi todos los comentarios que hacía a otro hombre iban acompañados de una palmada en el hombro. Y, si las encuestas iban bien encaminadas, estaba a punto de convertirse en el próximo presidente de los Estados Unidos. También era mi mejor aliado. Lo que mi suegro y yo sabíamos: no había otra manera. Solo existía ese plan, muy delicado, en el que dos variables —mi productora y mi marido— se resolvían de un plumazo.

—*Última pregunta, Sra. Heller Mills: ¿Le gustaría comentar algo sobre esas horribles acusaciones de agresión en el Rancho Los Viejos Tiempos?*

—*Desafortunadamente, no puedo comentar sobre una investigación legal en curso.*

Me gustaría hacer una pausa aquí y decir: otra mujer se habría quebrado hace años.

«No creo que seas una mala persona».

Bastante valiente soltarle eso a la esposa del hombre al que te has estado tirando. Esa era la palabra que estaba buscando: «valiente». Todo el correo electrónico era tan espeluznante-mente atrevido que podría haber provocado a otra mujer menos fuerte un ataque de nervios, que lanzara su teléfono al otro lado de la habitación y que gritara a su estúpido e inútil marido, ese hombre incapaz de mantener la polla dentro de los pantalones: «Mira lo que has hecho». Pero yo era diferente. Mientras miraba fijamente al imbécil mujeriego de mi marido, me di una palmadita mental en la espalda por todo el

trabajo que había hecho a lo largo de los años para endurecerme contra el mundo. Nos enfrentábamos a nuestro primer desastre de relaciones públicas. Ya podía ver los titulares: «Acusaciones sacuden a una famosa familia de Instagram». Peor aún: «¿Es Natalie Heller Mills la líder de una especie de secta? Su antigua productora habla claro».

¿Arruinaría un titular así una incipiente carrera política? Seguramente no. A América no le importaba un ápice la moralidad cuando se trataba de políticos. Al contrario, ya esperaríamos que fueran un poco sórdidos. Podría mejorar las posibilidades de mi mimado marido en el corazón del país. Incluso podría darme un impulso en seguidores, también. *Esa pobre mujer embarazada, haciendo todo lo posible para mantener a su familia unida*. En serio, si lo piensas, toda esta situación daría para un *post* de Instagram cojonudo.

Pero me estaba adelantando. No había necesidad de pensar en eso ahora. Ni siquiera era necesario contarle a Caleb lo del correo electrónico. Este no era el tipo de cosas con las que mi marido era capaz de lidiar. No era el tipo de cosa que él —que, a pesar de todos sus esfuerzos, seguía llevando su masculinidad de forma tan tosca y poco natural como un jersey de la talla equivocada que yo le hubiese puesto por la cabeza a la fuerza— pudiese solucionar. Si lo supiera, empeoraría las cosas. Haría algo completamente estúpido, como conducir hasta la parada del autobús y pedir perdón a Shannon delante de una multitud de extraños.

—Creo que es una gran idea —dije, exactamente como había practicado—. Apuesto a que algún día serás presidente. Como tu padre.

La cara de Caleb se iluminó de alivio. Nunca lo admitiría, se había pasado media vida huyendo de ello, pero eso era lo único que había deseado de verdad: ser igual que el viejo y querido papá.

—Ahora —le dije— vamos a rezar por ello.

Nos arrodillamos juntos a los pies del sofá. Apoyé la frente en las manos entrelazadas e intenté exhalar la rabia, pero no pude. Era como un germen. No dejaba de reproducirse en mi estómago. Normalmente los errores de mi marido eran fáciles de perdonar, pero esta noche quería matarlo. Prácticamente podía ver sus insípidas oraciones flotar a mi lado, en pequeños bocadillos de pensamiento escritos en Comic Sans. «Por favor, Señor, te pido que mis hijos estén bien, y las gallinas. Ayuda a mi mujer a seguir queriéndome. Una mamada estaría bien. Señor, y si no es demasiado, me gustaría tener fuerzas para convertirme en algo memorable. Me gustaría convertirme en una leyenda».

Todos los hombres querían convertirse en leyendas. Daban vergüenza ajena.

¿Y qué quería yo? Esa respuesta es fácil. Quería más de lo que ya tenía. Quería que el mundo entero se viera a través de mis ojos. Un nuevo nivel de influencia. Pero eso no se pide directamente, así que me conformé con algo más sencillo.

«Por favor, que este plan funcione. Señor. Por favor, no dejes que sea ella quien gane. Y, por favor, dale algo de agallas a mi marido. Estoy cansada de tener que prestarle las mías».

Amén.

Parte II

El presente

¿Cuánto tiempo pasó? ¿Un día, una semana, un mes?

Lo único que sé es esto: Me despierto una mañana y pienso: «Me cago en Dios, qué frío».

Entonces: «Lo siento, Señor».

Blasfemar como un adolescente asqueroso no es la mejor forma de empezar el día. Aun así: *hace* frío. Más frío de lo normal.

¿Y está más oscuro de lo normal?

«Cálmate, Natalie. Un poco de frío nunca ha matado a nadie».

Cuando mi hermana y yo éramos pequeñas, era una tradición de Nochebuena que mi madre nos contara historias sobre nuestros antepasados, cómo llegaron a América a través de Ellis Island, luego cruzaron el Oeste a caballo y en carruaje, apropiándose de las tierras más fértiles que encontraron.

—Los días de antaño no eran para los débiles de corazón —decía mi madre con una mirada distante y romántica—. Pienso en lo *valientes* que tenían que ser tus tatarabuelos. Imagina enfrentarte a los indios con flechas. Defender al ganado de los lobos. Coger el pescado del arroyo. Beber leche directamente de la ubre. Imaginaos, chicas, intentar seguir vivas durante los inviernos más fríos, largos y oscuros que podáis imaginar, sin ni siquiera el sueño de la electricidad para manteneros calientes.

Yo también había empezado a hacer eso con mis propios hijos. Hablar de los viejos tiempos como si fuera algo de lo que pudiera hablar, cuando la verdad es que yo no había pasado frío de verdad ni un solo día en mi vida.

Hasta ahora.

Se ha ido la luz. ¿Por qué no se enciende el generador?

«Tranquilízate».

Pero no puedo. Mis pensamientos fluyen rápidamente. Estoy totalmente despierta por el frío, haciendo una rápida lista mental de los manitas a los que podríamos llamar para arreglar la luz y en los que podría apoyarme en este percance —«Debería investigar la garantía del generador, solo tiene cinco años»— y finalmente vuelvo a recordarme a mí misma «Para, Natalie, respira». No es el momento del día para pensar en las tareas domésticas. Es el momento del día para enraizar mis pensamientos en la gratitud espiritual, para centrarme antes del bendito caos de otra jornada.

Sacudo un poco la cabeza e intento empezar de nuevo.

«Gracias, Padre, por Caleb. Gracias por la propiedad. Gracias por Clementine, Samuel, Stetson...».

Agarro el edredón para envolverme en él. Entonces me paralizó.

No es mi edredón. Mis dedos no agarran el edredón híbrido de franela y lino que compré el verano anterior. En su lugar, estoy temblando bajo una colcha rígida y fina. Con cautela, saco una mano de debajo de las mantas y paso los dedos por la superficie, sintiendo lo que parecen ser gruesos trazos de diseños tejidos a mano. Siento el primer estremecimiento de miedo.

—Caleb —susurro.

No obtengo respuesta.

Si el reloj de mi cuerpo es correcto —y siempre lo ha sido, cada día de mi vida—, son casi las seis de la mañana. Seguro

que Caleb ya se ha levantado y está en el establo, ordeñando. Seguro que esta colcha irreconocible no es más que un trapo del armario de la ropa blanca que la asistenta ha decidido utilizar hasta que nuestro edredón habitual esté limpio.

«Pero ¿por qué no ha sonado aún mi alarma?».

El pánico se apodera de mí. Me abalanzo sobre la mesilla de noche, donde dejo el móvil cargando cada noche. Mis manos golpean el aire en lugar de la suave madera de nogal. Caigo de la cama, y las rodillas chocan dolorosamente contra el suelo duro de madera. Grito en la oscuridad y luego me tapo la boca con una mano, aterrorizada de repente por la idea de hacer ruido.

«Joder. Joder. Joder».

Esta vez no me detengo a pedir disculpas al Señor. No hay tiempo para disculparse. Por mi cerebro corren pensamientos afilados como cuchillos, cada uno de los cuales me hace jaderar un poco en el silencio refrigerado.

«Me han raptado.

Secuestrada.

Debe de haber alguien aquí conmigo.

Alguien va a matarme.

Soy demasiado joven para morir.

Demasiado hermosa para morir.

Siempre mueren las jóvenes y hermosas».

Justo cuando estoy a punto de desmayarme del susto, oigo algo familiar: un murmullo de risas infantiles.

Hago una pausa. Inclino la cabeza hacia el sonido.

Más risas. Varios niños. Parece que son niñas. «¿Mis niñas?». Luego hay otro susurro, una voz más alta, que las hace callar severamente.

«¿Clementine? ¿Eres tú?».

Luego: otra risa brillante. Una década de maternidad sitúa esa voz en cuatro años, tal vez cinco.

«¿Jessa? ¿Junebug?».

Me siento en el suelo y miro fijamente en la dirección de las risas. Poco a poco mis ojos se adaptan a la oscuridad. Pronto puedo ver la débil silueta de una puerta.

«Habla —me digo—. Di algo».

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Hay una respuesta inmediata desde la otra habitación.

—¡Mami, estamos desayunando!

Una corriente de alivio me recorre. Me levanto, ignorando toda la información sensorial que mis pies gritan a mi cerebro —«este suelo helado, nudoso y lleno de bultos no es tu madera importada de Brasil»— y camino hacia el sonido, tocando la pared con los dedos hasta que llego a la puerta y encuentro el pomo, *mi pomo*, en la oscuridad.

Abro la puerta, y ante mí se abre el negro pasillo.

«Este es mi pomo, y ese era mi edredón, y esta es mi casa. Hace frío porque ha habido tormenta y se ha ido la luz. Las cosas se sienten diferentes porque está oscuro y tienes miedo, y todo se siente diferente en la oscuridad cuando tienes miedo».

Avanzo por el pasillo, que está oscuro, pero no tanto como el dormitorio. Me muevo deprisa, confiando en mi conocimiento instintivo de la casa. He pasado tantas noches despierta en medio de la noche en esta casa, tan ida y agotada por la lactancia materna ininterrumpida que bien podría haber sido un auténtico muerto viviente. Conozco esta casa como a mí misma. Y con cada paso bien dado, me siento más aliviada y camino un poco más deprisa. «Qué manera más extraña de despertar —pienso con una felicidad creciente—. Qué sueño tan terrible». Mientras doy los últimos pasos antes de girar hacia la cocina, pienso que esto daría para un buen vídeo más tarde. «Buenas tardes, gente. Tuve la experiencia más extraña

esta mañana, estoy segura de que todas las mamis trabajadoras lo entenderán...».

Giro, entro en la cálida luz de la cocina y me detengo en seco.

Esta es mi casa.

Esta no es mi casa.

Miro mi cocina, que tampoco es mi cocina. El tamaño, la distribución y la decoración son casi idénticos —la misma mesa de comedor, las mismas sillas, las mismas encimeras de madera—, pero las lamas del suelo son más anchas y desiguales, y no hay luces en el techo. No hay ninguna luz, me doy cuenta lentamente, excepto la de la chimenea. En mi casa, la chimenea de la cocina no funciona. En esta casa, las llamas estallan y crepitan en el frío, proporcionando la única luz de la habitación. Iluminando a los demás.

Sentados junto al fuego están mis hijos, que tampoco son mis hijos. Son cuatro. Dos niñas, dos niños, todos con ropas harapientas que me recuerdan a una recreación de la época de los pioneros. La mayor, una chica de ojos oscuros, parece una adolescente. Pelo recogido en una trenza. Se parece a Clementine, pero no es Clementine. También es la única que no me mira directamente. Está haciéndole una trenza a la niña con perfecta e inquebrantable concentración.

Todos estos niños parecen mis hijos. Ninguno de ellos es realmente mi hijo.

Doy un paso atrás, luego otro. Una tabla del suelo cruje bajo mis pies.

La niña mayor levanta los ojos y se cruza con los míos.

Sé lo que es el miedo. En más de una ocasión en mi vida lo he sentido con tanta fuerza que me ha paralizado.

Una semana antes de dejar mi casa por primera vez para ir a la universidad, nací de nuevo en mi iglesia. Justo antes de

que el pastor me sumergiera la cabeza en el agua caliente de la piscina, se me doblaron las rodillas del susto. Ahí estaba, inundando mi cuerpo mientras el sacerdote me sujetaba por las axilas: un asfixiante sentimiento de incapacidad humana. Un terror absoluto ante lo que sería de este mundo si no fuera por la gracia salvadora que Él nos ofrece. Durante esos tres segundos antes de sumergirme, sentí una claridad total y absoluta de lo roto que estaba todo. Mi vida, mi familia, mi país, mi planeta. Nosotros, toda la humanidad, estábamos solos, ¿verdad? ¿Venía Él a salvarnos? ¿O estábamos desamparados, atrapados en esta roca abandonada, girando vertiginosamente por la oscuridad hacia la nada?

Entonces me sumergí en el agua, el miedo desapareció y el calor —el amor— se abrió paso.

Volví a sentir miedo cuando di a luz por primera vez. Tenía veinte años, estaba en el hospital y las enfermeras no paraban de soltar banalidades disfrazadas de consuelo y que yo apenas podía oír por encima del sonido de mis jadeos de pánico: «Eres muy fuerte, solo tienes que empujar un poco más, puedes hacerlo, mami...».

Justo en el instante antes de que mi hija viniera gritando al mundo, sentí, por segunda vez en mi vida, la angustiante certeza de que todo estaba mal. «Mami —pensé—, ¿quién es mami? Soy Natalie. Me llamo Natalie». No estaba preparada para ser madre. Sentía esa evidencia en lo más profundo de mi cuerpo, por lo que parecía inevitable que Él interviniera antes de que ese error de ser madre avanzara aún más. «La niña saldrá azul». O tal vez Él me castigaría de otra manera: Caleb se resbalaría, caería y se golpearía la cabeza con la esquina de la cama, mi madre sufriría un accidente de coche mortal de camino al hospital. «Debe producirse un intercambio para que esta vida entre al mundo». Mientras mi cuerpo se abría lentamente por la mitad como un melocotón, me di

cuenta de que era yo quien perdía la vida; yo quien desaparecería del mundo para hacer sitio a este nuevo niño.

«Nunca volveré a ser Natalie. Solo seré mami».

Por un momento, deseé que el bebé desapareciera. No solo fuera de mí, sino de este mundo. Borrado. Entonces la habitación se llenó de sus gritos, el miedo desapareció y el amor —o algo parecido— volvió a abrirse paso.

Creía que conocía el verdadero miedo. Pero esto, lo que siento ahora, no es un miedo que haya conocido antes. Lo que experimento dentro de mí es grande, negro y sin fin. Es como caer en picado al Infierno.

—Mami —dice la niña más pequeña.

Es menuda y pecosa, con la mitad del cabello trenzado y la otra mitad largo y revuelto, colgando hasta la cintura. No la había visto en mi vida y, sin embargo, repite esa llamada sagrada.

—¿Mami?

Ella es la que se ha reído, y la que luego me ha llamado. La miro fijamente, con las náuseas revolviéndome por dentro. Es mía y no es mía. Tan cercana, tan parecida, y, *sin embargo*. La disonancia hace que mi mente se descontrole. Pienso en muñecas de plástico. Pienso en alienígenas y trajes de piel. Pienso —oh, Dios— en mis propios hijos, quitándose la cara y dándosela a extraños para que se la pongan como máscaras de plástico. Suelto un ruido. Suena como un gemido, se siente como un grito ahogado, y finalmente pienso en decir: «¿Quién eres?».

Los niños se miran.

—Mami —vuelve a decir la pequeña.

Mi voz sube de tono.

—¿Dónde estoy?

—Ups —dice un niño pequeño.

Ocho años, quizá nueve. Se parece a mi Samuel, a mi Stetson, pero no es ninguno de los dos.

—Somos nosotros, por supuesto —dice el chico mayor.

Parece tener unos trece años.

—Granero —dice la niña mayor.

Me mira a mí, pero sus manos trabajan como si tuvieran voluntad propia, trenzando la melena de la más joven con una fuerza que hace que me duela el cuero cabelludo. La niña pequeña no dice nada, solo me mira con grandes ojos de niña mientras le tiran de la cabeza a la izquierda y luego a la derecha.

—*Ve al granero* —vuelve a decir la mayor.

Atravieso la habitación a trompicones hasta la puerta principal. Tengo la mano en el pomo cuando veo algo y me quedo paralizada.

Hay muescas y garabatos tallados en el marco de la puerta principal. Docenas de ellos. Nombres y números, colocados en línea vertical. Una lista. No, un registro.

A la altura del pomo, una serie de marcas especialmente claras: MAEVE, 1852; MAEVE 1853; MAEVE, 1854. Marcas de altura. Lo que significa, lo que *no puede significar*...

Sigo la línea de las marcas, la mirada viaja inquieta hacia arriba. A la altura del primer cristal de la ventana: NOAH, 1853; luego, por el segundo cristal: ABEL, 1854. Y exactamente, exactamente a la altura de mi vista: una inscripción recién entallada.

MAMI, reza la inscripción. 1855.

No. No, no, no, no, no...

Abro la puerta de golpe y salgo al porche, bajando las escaleras a trompicones y dando pasos en la oscuridad antes de detenerme en seco. Ahí está de nuevo: una escena que reconozco bien, pero que lentamente se desintegra en la extrañeza. Como una versión perversa de la nostalgia. Ahí está el gran granero rojo, el gallinero y el camino en pendiente que desa-

parece en la ladera de una colina. Ahí está el mundo que construí para mí, cada detalle, estudiando minuciosamente los planos; tardé años en hacerlo bien, excepto, excepto, *excepto que*: no hay luces en el camino de entrada. Tampoco hay luz sobre la puerta del granero. Todo está bañado en sombras bajo el cielo aún negro. Cuando mis ojos se adaptan a la oscuridad, veo que el granero parece viejo, deteriorado y olvidado. El tejado está combado. El gallinero no es la maravilla tecnológica de treinta mil dólares que compramos años antes, con una puerta automática que se abre y se cierra al amanecer y al atardecer para proteger a las gallinas de los zorros, los pumas y los osos. En lugar de eso, es un pequeño cobertizo con un alero de paja. Incluso las gallinas parecen diferentes a la tenue luz de la luna. Más delgadas. Menos amistosas.

«Hola, señoritas».

Mi cuerpo está tan inundado de cortisol que me siento paralizada.

«Ay, Dios. Ayúdame».

—Natalie.

Me doy la vuelta. Una figura está de pie junto al granero, el granero que es mío y no es mío. Empieza a caminar hacia mí y, de repente, la luz de la luna ilumina su rostro.

Es Caleb. A diferencia de los niños, que parecen versiones de cera de los míos, este es mi marido, con la cara suave y la camisa a cuadros y esos tiernos...

Ojos.

Doy un paso atrás. Él se para. Los dos nos quedamos ahí, en silencio, a unos tres metros de distancia.

Los ojos de este hombre no son los ojos de mi marido. Los ojos de este hombre son negros, fríos y muertos. Cuanto más lo miro, más extraño me resulta. Es Caleb, luego es un pariente lejano de Caleb y luego es un extraño, un hombre mayor que me mira fijamente en la oscuridad de la noche. Noto el

frío en mi cuerpo. Me miro, observo el extraño camisón que llevo puesto. Una cosa de flores y algodón que no había visto en mi vida.

—Natalie —vuelve a decir.

Pienso en correr. Mis piernas no se mueven.

«Despierta, Natalie. Es hora de despertarse».

—¿Qué está pasando? —digo—. ¿Dónde estoy?

—Dios —murmura el hombre. Pone los ojos en blanco y tira el sombrero al suelo, haciéndome saltar y lanzando una pequeña nube de polvo al aire frío—. Estás en casa, Natalie —dice—. Ahora, por el amor de Dios, entra antes de que cojas un resfriado.

—¿Quié... quién eres?

—Soy tu marido, joder —suelta—. Soy Caleb.

Quizá sea un sueño. Es ilógico como un sueño, es aterrador como una pesadilla..., pero, si está pasando en mi cabeza, ¿por qué me duelen tanto las rodillas de la caída? ¿Por qué siento los pulmones agitándose en mi pecho, el terror vibrando por todo mi cuerpo atrapado y a la vez desesperado por escapar?

—Llévame a casa. Te daré lo que quieras. Tengo dinero. Mucho dinero. Seguramente lo sabes, ¿no? ¿Por eso me trajiste aquí? ¿Quieres dinero?

—Natalie...

Algo se rompe dentro de mí.

—¡Deja de decir mi nombre!

Suelta un gruñido de fastidio y empieza a caminar hacia mí de nuevo.

—Si vas a ponerte a gritar así...

Por fin, mi sistema nervioso se pone en marcha. Empiezo a correr.

Mientras vuelo por el camino, noto la tensión quejumbrosa de unos músculos reblandecidos, pero no me importa. No

es el momento de preocuparse por los tirones. No es el momento de pensar en otra cosa que no sea huir. Esprinto a través de la oscuridad, sintiendo muy de lejos el dolor en las plantas de los pies cuando la grava me desgarró la piel. Justo cuando empiezo a pensar en el futuro —si la casa vecina más cercana está a ocho o a diez kilómetros, si sería más inteligente correr por la carretera en busca de un coche que pase o desaparecer en el bosque—, tropiezo, me inclino hacia delante y...

Mi cuerpo patina y rueda.

«Solo rasguños. Levántate, Natalie. Puedes hacerlo. Levántate y corre».

Al otro lado de mi miedo: zapatos sobre grava, acercándose.

Jadeo y me revuelvo por el suelo, intentando encontrar mi centro de gravedad, intentando colocar las palmas de las manos sobre la grava para poder impulsarme y seguir corriendo, pero el cielo nocturno es tan negro que parece tierra, y la tierra es tan negra que parece el espacio exterior, y continúo dando manotazos al aire, y el aire se llena de polvo, y todo da vueltas, y pienso para mí misma: «Levántate», y lo estoy intentando —«Señor, lo estoy intentando»—, pero no puedo, no puedo, no puedo.

Los pasos desaparecen.

Silencio.

Ruedo sobre un costado, jadeando, agarrándome. Entonces veo al hombre de pie a unos metros, observándome con una expresión pasiva y de poco interés. Los brazos cruzados.

—Levántate —dice, haciéndose eco de mis pensamientos.

«Corre, Natalie. Lucha».

Me pongo de lado y grito. Me ordeno a mí misma que grite *socorro*, pero no estoy segura de si lo hago. El ruido de mi propia voz es demasiado fuerte en mis oídos para distinguir ninguna palabra.

Veó con el rabillo del ojo al hombre arrodillarse. Me invade una nueva corriente de pánico. Intenta cogerme entre sus brazos. Agito los míos y las piernas. Se inclina hacia delante y me inmoviliza los brazos con facilidad, luego me agarra las muñecas de tal forma que aún le queda una mano libre. En un instante, sin ningún pensamiento consciente, le escupo en la cara. Se sobresalta. Me mira fijamente, con las mejillas brillando a la luz de la luna, mientras yo me retuerzo desesperadamente debajo de él.

—*Que te jodan* —gruño.

Es la primera vez en mi vida que digo esa frase en voz alta.

El hombre se limpia la cara con el dorso de la manga. Luego dice:

—Una buena esposa no le habla así a su marido.

Se echa hacia atrás y me pega una bofetada tan fuerte que el mundo entero se vuelve negro.